

general; la patrona tomó el lance muy á mal, y se volvió encolerizada contra Catalina Ivanovna, que, vencida por el dolor, se había echado en la cama.

—¡Idos de aquí! ¡En seguida! ¡Al momento! ¡Fuera!

Pronunciando estas palabras con voz irritada, la señora Lippevezh cogía todos los objetos pertenecientes á su inquilina y los arrojaba contra el suelo.

Aniquilada y desfallecida, la pobre Catalina Ivanovna. Pero la lucha era demasiado desigual; la patrona no hubo de trabajar mucho para rechazar aquélla, na se echó fuera de la cama y se lanzó sobre Amalia asalto.

—¡Cómo! ¡No basta haber calumniado á Sonia! ¡Esta criatura la toma ahora conmigo! ¡El mismo día del entierro de mi esposo me arroja de su casa, después de recibir mis atenciones! ¡Me lanzan á la calle con mis hijos! ¿Y á dónde iré?—sollozaba la infeliz.—¡Dios mío!—exclamó de pronto, levantando al cielo sus ojos resplandecientes.—¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién defenderás, si no nos defiendes, si no eres el amparo de los pobres huérfanos? Pero ¡nos veremos! ¡Jueces y tribunales hay en la tierra! ¡Me dirigiré á ellos! ¡Espera un poco, criatura despiadada! Poletchka, quédate aquí con los niños, que al instante vuelvo. ¡Esperadme á la puerta, si os arrojan á la calle! ¡Veremos si hay justicia en el mundo!

Catalina Ivanovna se puso aquel pañuelo “de señora” que en su relato mencionara Marmeladof, y, cruzando por entre la multitud, con el rostro inundado de lágrimas, bajó la escalera, resuelta á encontrar, costara lo que costase, la justicia que deseaba.

Horrorizada Poletchka, estrechó en sus brazos á sus

hermanitos; los tres niños, en montón cerca del cofre, esperaron, temblorosos, el regreso de su madre.

La patrona parecía una furia; iba y venía por el aposento, aullando de rabia y tirando al suelo cuanto hallaba á mano. Por lo que hace á los invitados, comentaban el suceso, disputaban unos, cantaban los demás.....

—Tengo que marcharme ya—pensó Rascolnikof.—
Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis.

Y se dirigió á casa de la joven.

IV

Rascolnikof había defendido valientemente á Sonia, aun cuando una gran parte de inquietudes y cuidados tuviese para él el lance ocurrido. Independientemente del interés que la joven le inspirara, con alegría había aprovechado la ocasión, después de la tortura de la mañana, de ahuyentar insoportables impresiones. Por otra parte, su próxima entrevista con Sonia le preocupaba, le asustaba por momentos: “debía revelar la que había asesinado á Isabel, y presintiendo cuanto de penoso había en su propósito, se esforzaba en apartarle de su pensamiento.

Cuando, al salir de casa de Catalina Ivanovna, se dijo: “Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis,” era el combatiente excitado por la lucha, pensando todavía en su victoria sobre Lugin, que había pronunciado la palabra de desafío. Mas, cosa singular, cuando llegó á

la habitación de los Kapernaunof, su energía le abandonó súbitamente, dejando sitio al temor.

Detúvose ante la puerta, y se preguntó:

—¿Es necesario decir que maté á Isabel?

La pregunta era extraña, porque en el momento en que se la hacía sentía la imposibilidad, no sólo de confesar su delito, sino la necesidad de no diferir la confesión un solo minuto.

Aún no sabía por qué era esto imposible; lo sentía solamente, y se encontraba como aplastado por aquella dolorosa conciencia de su flaqueza ante la necesidad.

Para librarse de mayores tórmentos, se apresuró á abrir la puerta, y antes de franquear el umbral, miró á su joven amiga.

Sonia estaba sentada, con los codos apoyados sobre una mesita y la cabeza oculta entre las manos.

Al ver á Rascólnikof, se levantó y se dirigió hacia él, como si le esperara.

—¿Qué hubiera sido de mí sin vos?—dijo vivamente, mientras le introducía en el aposento.

Al parecer no pensaba sino en el servicio que el joven le prestara, y deseaba darle las gracias lo antes posible.

Después de hacerlo, esperó.

Rascólnikof se acercó á la mesa y se sentó. Sonia permaneció en pie á dos pasos de él, como la víspera.

—¿Qué hay, Sonia?—dijo, notando súbitamente que su voz temblaba.—Toda la acusación se basaba en vuestra "posición social y en las costumbres que implica." ¿Comprendisteis esto hace poco?

El rostro de la joven tomó una expresión de tristeza.

—¡No me habléis como ayer!—le respondió.—No volváis á empezar, os lo suplico. ¡Bastante sufrí ya!.....

Y se apresuró á sonreír, temiendo que aquel reproche hiriera á su amigo.

—Salí de allí como loca. ¿Qué pasa ahora? Quería volver; pero.... pensé que vendríais, y.....

Rascólnikof le dijo que Amalia Ivanovna había arrojado de su casa á los Marmeladof, y que Catalina Ivanovna había ido "á pedir justicia" á cualquier parte.

—¡Dios mío!—exclamó Sonia.—¡Vamos allá pronto!.....

—¡Siempre lo mismo!—replicó el joven, humillado.—¡Sólo pensais en ellos! ¡Quedáos conmigo un instante!

—Pero..... ¿Catalina Ivanovna?.....

—Catalina Ivanovna vendrá aquí, estoy seguro de ello—respondió él en tono enojado.—Culpa vuestra será si no os encuentra.....

Sonia tomó asiento, presa de una extraña perplejidad.

Rascólnikof reflexionaba, con la vista fija en el suelo.

—Lo que Lugin se proponía era manchar vuestra reputación—comenzó sin mirarla.—Y si le hubiese convenido hacerós detener, y ni Andrés Semenovitch ni yo hubiesemos estado presentes, en la actualidad os hallaríais presa, ¿verdad?

—Sí—dijo ella con voz débil.—Sí—repitió maqui-

nalmente, distraída por la inquietud que experimentaba.

—Yo pude muy bien no estar allí, de igual modo que el otro se halló presente por casualidad.

Sonia guardaba silencio.

—Bueno. ¿Y qué hubiera sucedido si os hubiesen encarcelado? ¿Recordáis lo que os dije ayer?

La joven continuó callada; el joven esperó un momento su respuesta.

—Pensé que ibais á exclamar: “¡No me habléis de eso!”—prosiguió Rascolnikof, con risa algo forzada.—¿Seguís guardando silencio?—preguntó, al cabo de un momento.—Será necesario entonces que yo sostenga la conversación. Pues bien, mucho me agradaría saber cómo resolveríais la siguiente “cuestión,” como diría Lebeziatnikof. (Su embarazo empezaba á ser visible.) Hablo seriamente. Suponed, Sonia, que de antemano sabéis todos los proyectos de Lugin; que sabéis que tales proyectos van encaminados á la perdición de Catalina Ivanovna y á la de sus hijos, sin contar la vuestra (porque vos no sois nada); supongamos que, á consecuencia de esto, Poletchka se ve condenada á arrastrar una existencia como la que vos arrastráis. Sentado esto, si de vos dependiera salvar á Catalina Ivanovna y á su familia, ó dejar que Lugin viniera y realizara sus infames designios, ¿de qué modo obraríais?

Sonia le miró con inquietud; bajo aquellas palabras, pronunciadas en voz vacilante, adivinaba un pensamiento lejano.

—No esperaba pregunta semejante—dijo, interrogándole con la vista.

—Es posible, pero no importa. ¿Qué haríais?

—¿Qué interés tenéis en saber lo que yo haría en unas circunstancias que no se pueden presentar?—respondió ella con repugnancia.

—¿Dejaríais, pues, que viviera el tal Lugin y que llevara á cabo sus proyectos? ¿No tenéis valor para declararme vuestra opinión?

—Pero..... veamos..... yo no puedo penetrar los designios de la divina Providencia..... ¿A qué preguntarme ahora lo que haría en un caso imposible? ¿Cómo puede la existencia de un hombre depender de mi voluntad? ¿Y quién me erigió en árbitro de la vida y de la muerte de nadie?

—Desde el momento en que admitís la intervención de la divina Providencia, esto ha concluído—replicó, en tono agrio, Rascolnikof.

—¡Decidme francamente lo que me tengáis que decir!—exclamó, angustiada, Sonia.—¡Siempre con indirectas! ¿Vinisteis á atormentarme?

No pudo contenerse, y se echó á llorar. Durante cinco minutos, el joven la contempló silenciosamente y con aire sombrío.

—Tienes razón, Sonia—dijo al fin en voz baja.

Un brusco cambio se operó en él. Su aplomo ficticio, el tono cariñoso que afectaba, desapareció súbitamente. Con trabajo se le oía.

—Te dije ayer que vendría á pedirte perdón, y casi con excusas empiezo á hablarte hoy..... Al hablarte de Lugin, me excusaba, Sonia.....

Quiso sonreír, pero su fisonomía continuó lúgubre; bajó la cabeza, y se cubrió el rostro con las manos.

De repente creyó sentir que detestaba á Sonia. Sorprendido, hasta asustado por tan extraño sentimiento,

levantó súbitamente la cabeza y miró con atención á la pobre joven; ésta fijaba en él una mirada llena de ansiedad y no exenta de amor.

El odio desapareció del corazón de Rascolnikof. No era aquello; se había engañado en cuanto á la naturaleza del sentimiento que acababa de experimentar. Aquello significaba solamente que el momento fatal había llegado.

De nuevo bajó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

Súbitamente palideció; levantóse, y después de mirar á Sonia, fué maquinalmente á sentarse sobre la cama, sin proferir palabra.

—¿Qué tenéis?—preguntó Sonia con extrañeza.

Nada pudo contestar. Había pensado “explicarse” en otras circunstancias, y ni él mismo comprendía lo que pasaba entonces en su alma.

Sonia se aproximó, andando lentamente, á Rascolnikof; tomó asiento á su lado, y esperó, sin dejar de mirarle. Su corazón latía hasta rompersele.

La situación se hacía insoportable; el joven volvió hacia Sonia su pálido rostro; sus labios se plegaron en un esfuerzo para hablar.

El terror hizo presa en Sonia.

—¿Qué tenéis?—repitió, retrocediendo un poco.

—Nada, Sonia; no te asustes. Esto no vale la pena; es una tontería.—murmuró, como un hombre falto de juicio.—Pero ¿por qué viene á atormentarme?—agregó de pronto, mirando á la joven.—Sí, ¿por qué? No dejo de hacerme esta pregunta, Sonia, y.

Acasó se la hubiese hecho un cuarto de hora antes;

pero su debilidad era tal en aquel momento, que apenas tenía conciencia de sí mismo. Un continuo temblor agitaba todo su cuerpo.

—¡Oh, cuánto sufrís!—exclamó conmovida la joven, clavando sus ojos en él.

—¡No es nada!. Te diré de qué se trata, Sonia.—Por espacio de dos segundos vióse en sus labios una leve sonrisa —¿Recuerdas lo que quería decirte ayer?

Sonia esperaba inquieta.

—Te dije, al separarnos, que me despedía de ti para siempre, pero que vendría hoy á decirte. quién mató á Isabel.

Todos los miembros de Sonia comenzaron á temblar.

—Pues bien, á eso he venido.

—En efecto, ayer me dijisteis.—dijo ella con voz insegura.—Pero ¿cómo sabéis eso?—añadió vivamente.

Respiraba con fatiga, y su rostro se tornaba cada vez más cadavérico.

—Lo sé—continuó Rascolnikof.

—¿Se “le” ha descubierto?—preguntó ella tímidamente, después de un minuto de silencio.

—No, no se “le” ha descubierto.

Sonia guardó silencio otra vez.

—Entonces, ¿cómo sabéis eso?—preguntó de repente, y con voz casi ininteligible.

Rascolnikof se volvió hacia la joven y la miró con fijeza singular, mientras que una débil sonrisa vagaba por sus labios.

—Adivina—dijo.

Sonia se sintió atacada de una convulsión.

—Pero vos me..... ¿por qué me asustáis?—preguntó, con sonrisa infantil.

—Sí, sí; sé quién es; señal de que “le” trato íntimamente—agregó Rascolnikof, cuya mirada seguía clavada en la joven, como si no tuviese fuerza para dirigirla á otra parte.—A Isabel..... él nunca había querido asesinarla..... No premeditó su muerte..... Quería matar á la vieja... cuando estuviera sola.... y fué á su casa..... Entonces entró Isabel.... y también tuvo que matarla.....

Un lúgubre silencio sucedió á estas palabras. Durante breves instantes, continuaron mirándose el uno al otro.

—¿Conque no adivinas?—preguntó Rascolnikof súbitamente, experimentando la sensación de un hombre que se arroja de lo alto de un campanario.

—No—balbuceó Sonia, con voz apenas perceptible.

—Busca bien.

En el momento de pronunciar aquellas palabras, Rascolnikof sintió una vez más, en lo profundo de su alma, aquella impresión de frío glacial que le era tan conocida. Miraba á Sonia, y de repente creyó ver en ella la expresión que ofreciera el rostro de Isabel cuando la infeliz retrocedía ante el asesino, que levantaba el hacha sobre su cabeza..... En aquel instante cuando la infeliz retrocedía ante el asesino, que levantaba el hacha sobre su cabeza... En aquel instante supremo, Isabel tendió los brazos, como los niños cuando empiezan á sentir miedo, y cuando, prontos á llorar, fijar una mirada inmóvil y asustada en el objeto causa de su espanto. De idéntica manera, la fisonomía de

Sonia expresaba terror indecible; también extendía los brazos rechazando débilmente á Rascolnikof, poniéndole una mano en el pecho y apartándose poco á poco de él, sin dejar de mirarle fijamente. Su terror se comunicó al joven, que á su vez la miraba con espanto.

—¿Adivinaste?—murmuró al fin Rascolnikof.

—¡Dios mío!.....—exclamó Sonia.

Y cayó sin fuerzas sobre la cama; su rostro quedó oculto en la almohada. Pero un instante después, se levantó con un movimiento rápido, se acercó á él, y asiéndole por ambas manos, que sus pequeños dedos apretaron como tenazas, clavó en él una mirada prolongadísima. ¿No se había engañado? Todavía lo esperaba; pero apenas hubo puesto en el joven aquella mirada, cuando la sospecha que cruzaba por su alma se trocó en certidumbre.

—¡Basta, Sonia, basta! ¡Déjame solo!—suplicó Rascolnikof, con voz quejumbrosa.

El resultado de su confesión contrariaba sus previsiones, porque no era “de aquel modo” como pensaba revelar la su crimen.

Sonia parecía en aquel momento fuera de sí; saltó de la cama, y fué al centro de la estancia, retorciéndose las manos; luego retrocedió de pronto y volvió á sentarse junto al joven, rozando casi con su espalda. De repente se estremeció, exhaló un grito y, sin saber por qué, cayó de rodillas ante Rascolnikof.

—¡Estáis perdido!—dijo con acento desesperado.

Y levantándose súbitamente, se arrojó á su cuello, le abrazó y le prodigó las mayores pruebas de ternura.

Rascolnikof apartóse de ella, y, con una triste sonrisa, contempló á la joven.

—No te comprendo Sonia. ¡Me abrazas, después de haberte dicho “eso”!..... Con seguridad no tienes conciencia de lo que haces.

Ella no oyó la observación.

—¡No, en la tierra no hay hombre tan desgraciado como tú!—exclamó, en un arranque de compasión.

Y de repente rompió en sollozos.

Rascólnikof sentía que su alma se ablandaba bajo la influencia de un sentimiento que hacía ya mucho tiempo que no experimentaba. Y no trató de luchar contra esta impresión; dos lágrimas brotaron de sus ojos y quedaron suspendidas de sus pestañas.

—¿No me abandonarás, Sonia?—dijo, con mirada casi suplicante.

—¡No, no! ¡nunca! ¡de ningún modo!—exclamó.— ¡Te seguiré á todas partes! ¡Oh Señor!..... ¡Oh, qué desgraciada soy!..... ¿Y por qué, por qué no te conocí antes? ¡Oh Dios mío!

—Y ¿qué hacer ahora?..... ¡Juntos, juntos siempre!—agregó Sonia.

Y volvió á abrazar al joven.

—¡A la cárcel iré contigo!

Estas últimas palabras produjeron en nuestro héroe una penosa sensación; una sonrisa amarga, casi alta-nera, se dibujó en sus labios.

—No creo ir á presidio, Sonia—murmuró.

La joven le miró.

Hasta entonces no había experimentado sino una inmensa piedad hacia el desgraciado. Aquellas palabras y el tono en que fueran dichas, recordaban bruscamente á la joven que quien las pronunciaba era un asesino.

Le miró con sorpresa. Aún no sabía cómo ni por qué era criminal. En aquel instante, todas aquellas preguntas se agolparon en su cerebro, y de nuevo empezó á dudar. ¡El, él un asesino!..... ¿Era esto posible?

—¡No, no es verdad! ¿Dónde estoy, pues?—dijo, como si se creyera juguete de un sueño.—¿Cómo, siendo quien sois, os resolvisteis á hacer tal cosa?..... ¿Por qué?

—¡Para robar! ¡Y basta, Sonia!—respondió en tono abatido, y algo molesto.

Sonia quedó estupefacta. De repente escapósele un grito:

—¿Tenías hambre?..... ¿Era para ayudar á tu madre? ¿Sí?

—No, Sonia, no—balbuceó el joven, bajando la cabeza.—No fué por eso. Quería, ciertamente, ayudar á mi madre; pero no era ésa la razón verdadera..... Mas..... ¡no me atormentes, Sonia!

—¿Es posible que todo eso sea cierto?—exclamó la joven. ¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Cómo creerlo? ¡Vos, que os despojáis de todo por cualquiera, habéis matado para robar!..... ¡Ah!—gritó súbitamente.—¡El dinero que disteis á Catalina Ivanovna..... aquel dinero!..... ¡Señor! ¿Es posible que tal dinero?.....

—¡No, Sonia!—interrumpió vivamente Rascólnikof.—¡No era aquel dinero el que robé! Tranquilízate, pues. Me lo envió mi madre.... Razumikin lo vió.... lo recibió en mi nombre..... ¡Aquel dinero me pertenecía!

Sonia le escuchaba perpleja, haciendo esfuerzos para comprenderle.

—En cuanto al dinero de la vieja..... no sé, no sé